

píritu público, enardecían, apasionaban, entusiasmaban las gentes dispuestas á llevar por todas partes aquellas incendiarias arengas. De Versalles á París y de París á Versalles pasaba continua procesión, que traía y llevaba las noticias agrandándolas de boca en boca, y con el prestigio fascinador de la distancia. Este reguero de pólvora partía desde las Asambleas al Palacio Real, y desde el Palacio Real á los extremos de la gran ciudad, y desde los extremos de la gran ciudad á todas las provincias. El entusiasmo crecía tanto, que se contaba cómo una tarde muriera cierto popular orador de una fulminante apoplejía por el calor producido en la sangre al fuego de las ideas.

Cuando el régimen absoluto no era más que un cadáver, se había empeñado Luis XVI, en ingerirlo dentro de la Constitución, y se había empeñado Necker en elevarlo á dictadura formal, absolutismo pasajero y transitorio. El Rey quería el bien por la conservación del antiguo régimen y Necker por la dictadura del Rey. Así le aconsejó que se fuese á la Cámara y se llevase todo el programa revolucionario, proclamándolo por sus augustos labios y defendiéndolo con su tradicional autoridad. Al Rey le asustó tamaña proposición, que tenía todos los inconvenientes del programa real y le apartaba las clases privilegiadas sin atraerle y ganarle los diputados, quienes se creían depositarios de algo más que los poderes monárquicos, del poder constituyente, cuyas decisiones podían á su grado mantener ó derribar la Realeza. Entre tales incertidumbres toda solución verdaderamente conservadora cedía en pro de la nobleza y toda solución verdaderamente progresiva en bien del pueblo. Por manera que, desde la reunión del pueblo francés en primeros de Mayo hasta mediados de Julio, en ochenta y nueve, había empeñado un pleito político, dentro del cual, no cabiendo las sentencias jurídicas, habían de penetrar por fuerza los combates violentos, y estos combates violentos habían de tomar del estado de la pública opinión y de la popular conciencia mucha fuerza, porque la fe colectiva era exaltada, y exaltadísimo, hasta no poder más, el sentimiento público. En todas partes y en todos tiempos, en la colectividad y en las asambleas, encuéntrase los caracteres varios y las varias complejiones con sus respectivas cualidades y con sus contradictorias naturalezas. En la corte representaban la violencia el Arzobispo de París y el Duque de Luxemburgo, juntamente con el Conde de Artois y la Reina, que pugnaban para todo por la Corona; y en la Asamblea representaban la violencia Mirabeau, Sieyes, Gregoire, Lafayette, que pugnaban para todo por la Nación. Así la vida se había reconcentrado en los centros capitales, en las capitales entrañas, en el corazón y en el cerebro de aquella sociedad, los cuales á la general sobreexcitación estallaban. Así desde la salida del Palacio Real por la hoy llamada calle de Rivoli hasta las puertas del Congreso nacional de Versalles, extendiase una corriente de magna electricidad, tan intensa y tonante, que vivía en medio de la tormenta. Lo poseía todo la fiebre revolucionaria. Y en tal estado eléctrico del espíritu público y en tal fiebre de las venas sociales, no hay que achacarle, no, los excesos á la generación

revolucionaria, ni creerla; cuando nos ha traído la libertad, inferior á las generaciones precedentes ó sucesivas. Tanto valdría imputarle al piloto la tormenta que sumerge su barco y purifica los mares, ó al labrador la inundación, que devasta y fecunda sus campos.

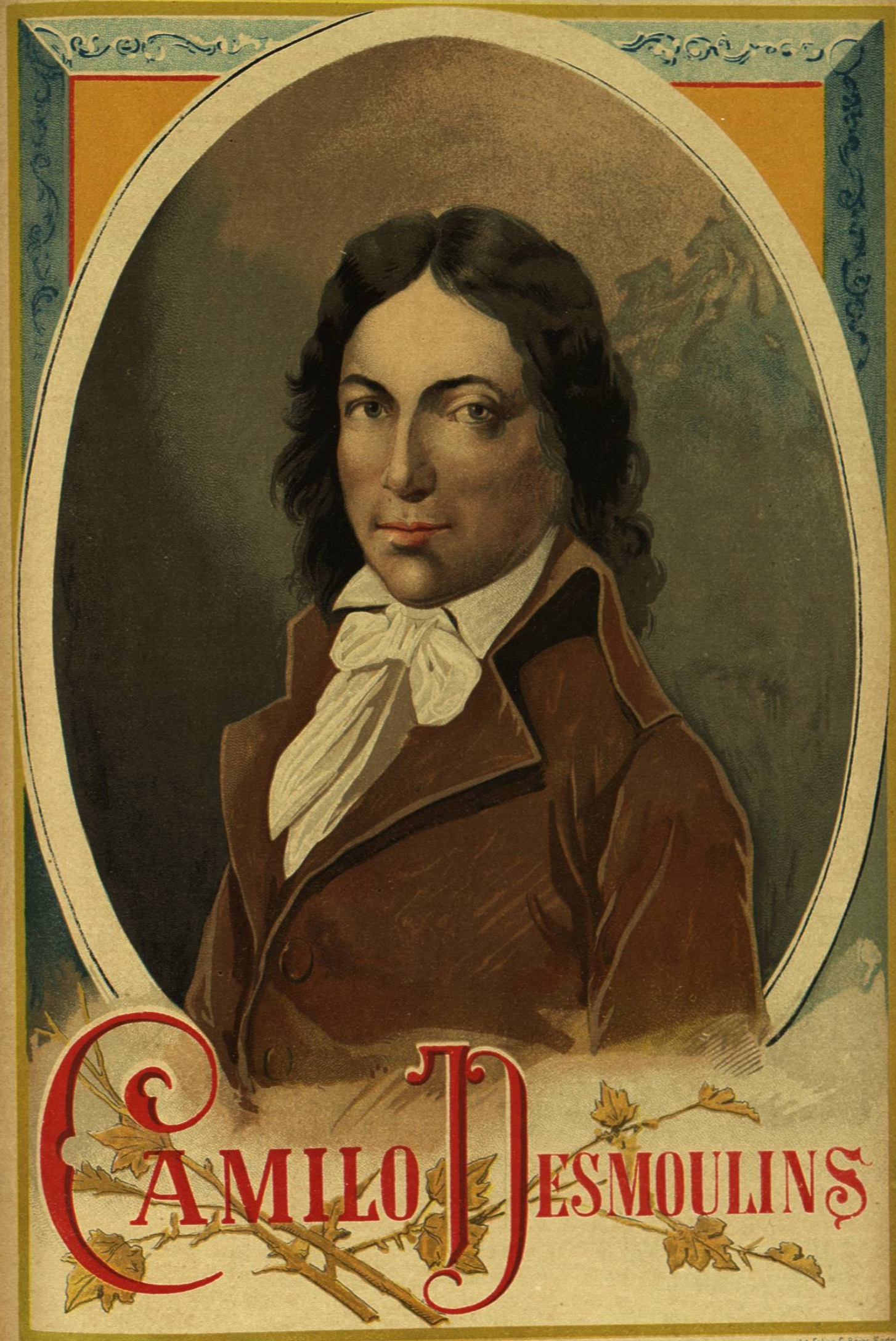
Ardía Francia entera. Partidas misteriosas salían de las aldeas y se desparramaban por todas partes. Los títulos, en que constaba la propiedad de los antiguos castillos, desaparecían. Los castillos rodaban á los pies de las muchedumbres. Era el contagio tan grande, que había sobrecogido así á los hombres de negocios como á los hombres de ideas. Y en todo esto se unía el hambre, que azotaba las principales regiones, el hambre que demacraba todos los cuerpos, el hambre, que traía instintos batalladores, el hambre de pan, que muchas veces se satisface con alimento propio de las almas, con el pan espiritual de las ideas. ¿Qué podía salir de todos esos conflictos, de semejante moral estado; qué podía salir sino la situación más trágica que nos guarda la Historia? La corte arrojó sobre un montón de pólvora la tea del incendio. Mientras la revolución, abandonada por completo á sus fuerzas y á sus aspiraciones propias, no tuvo poder legal ninguno, la impulsó con ánimo de hacer pechar á las clases privilegiadas y aumentar los pechos de las clases medias. En cuanto la revolución tuvo poder legal, su Asamblea organizada, y, por consiguiente, autoridad, temió perder la propia supremacía, y se coligó con los nobles, para perder á la revolución. Heridos en sus derechos, desacatados en su autoridad, puestos en la obligación de conjurar las conjuraciones aristocráticas; los diputados más resueltos por el mantenimiento de la paz pública y los más enemigos de los excesos revolucionarios, tuvieron que fiar al pueblo y á sus fuerzas la defensa de una Asamblea continuamente amenazada por el Monarca y sus cortesanos. La prueba de estas conspiraciones de arriba, que suscitaron los excesos de abajo, vamos á verla y á tocarla en todos los sucesos que se desarrollan tan dramáticamente desde el 10 de Julio al 4 de Agosto de 1789. Dejemos hablar á la Historia. Por un doble error, el pueblo ponía en Necker todas sus esperanzas, y la corte todos sus odios. En estos tiempos de revolución se vive mucho, y un día y un suceso deciden de largo tiempo y de innumerables sucesos. Necker bajó en el ánimo popular por haber presentado á la primera sesión regia un programa incompleto; y volvió á subir por no haber asistido á la segunda sesión. Así, la corte le imputaba complicidad con los revolucionarios, complacencias con la revolución. De grado lo expulsara el 23 de Junio, pero no tenía bastantes fuerzas armadas para dar razón de un solo hombre, y remitió á otra coyuntura más propicia su destitución y su destierro. El 10 de Julio ya estaba la tropa concentrada entre París y Versalles; el ministro reaccionario formado y apercebido; la disolución del Congreso Nacional resuelta: podía darse con seguridad el certero golpe. A la hora acostumbrada fué el director de Hacienda á palacio, y se halló con el atolondrado conde de Artois, quien, haciendo gestos amenazadores y usando palabras violentas, le anunció su desgracia y disfa-



vor. Aquella noche, cuantos ministros vieron á Luis XVI, notaron en lo embargada que tenía su atención por la intimidad de sus pensamientos, y lo tarda que tenía la palabra, más bien maquinal que reflexiva, el anuncio de pavorosos proyectos. El día 11 de Julio Necker se asentaba, como de costumbre, á la mesa con su familia y sus amigos. En el momento de tomar la sopa, recibe un pliego de la Casa Real. Era la orden de su destitución y de su destierro. Pero continuó comiendo, sin mostrar, ni en su fisonomía, ni en su conversación, todo el tropel de sus varias emociones. Acabada la comida, le dijo á su mujer que le acompañara, y entraron ambos en un coche. La mujer no supo á dónde iba en aquel coche hasta que llegaron á Bruselas, ciudad escogida por el ministro como asilo de su desgracia. La célebre madame Staël, hija de Necker, no supo el golpe, que á todos hería, por boca de su padre y se quedó en París.

Pero mil anuncios presagiaban el inesperadísimo caso. En primer lugar la corte cada día se mostraba más desavenida de Necker, mientras más lloroso y contrariado éste, conociendo que, si quedaba en el poder, no le era dado intentar cosa ninguna, y si perdía el poder, estallaba la revolución violentísima. En aquellos resquebrajamientos del suelo, en aquellas ráfagas del aire, cambiaba mucho la opinión; pues los ánimos, como las instituciones, iban entre las espirales de una tromba. Necker fué popular, por haber propuesto los Estados Generales; fué impopular, por haber asistido con papeles retrógrados á la primera sesión regia; fué popular por no haber asistido á la segunda, fue impopular, por haber propuesto al Rey la dictadura; fué popularísimo, por haber merecido la desgracia del Rey. Este, siempre irresoluto, quería y no quería la reacción, trabajando unas veces por su advenimiento y otras veces contra su advenimiento. Así, las resoluciones á medias estaban en su tradición, porque habían estado á la continua en sus gustos. No quiso partirse de golpe y estampía contra el Congreso; no se atrevió á disolverlo; pero cometió un horrible atentado á su libertad y á su derecho; declaró secretas las sesiones. El pueblo de Versalles y el pueblo de París llamaban á las puertas del Congreso con redoblados golpes: el Congreso discutía si estaba en sus facultades abrirlas, ó procedía dejarlo á la incumbencia del poder ejecutivo; como si un poder parlamentario que dejase á los otros poderes su reglamentación, fuese ya poder. La publicidad de sus sesiones y la formación de su reglamento, constituyen las prerrogativas y facultades indispensables á todo verdadero Congreso. En su hábito de las medidas inciertas, como el secreto de las sesiones promoviese grande agitación, el Rey mandó á últimos de Junio que los dos brazos, el eclesiástico y el noble, se uniesen al brazo popular, echando así en la obra de su perdición una de cal y otra de arena, con la cual, se tiraba siempre al contento de todos, los descontentaba, pues los nobles atribuían la resolución á miedo de los plebeyos, y los plebeyos á propósito de sumar los privilegiados á los reaccionarios del Congreso, alcanzando así una mayoría, que fuese como su cómplice y cortesana en los planes liberticidas. Pero el Rey hizo aquello porque inten



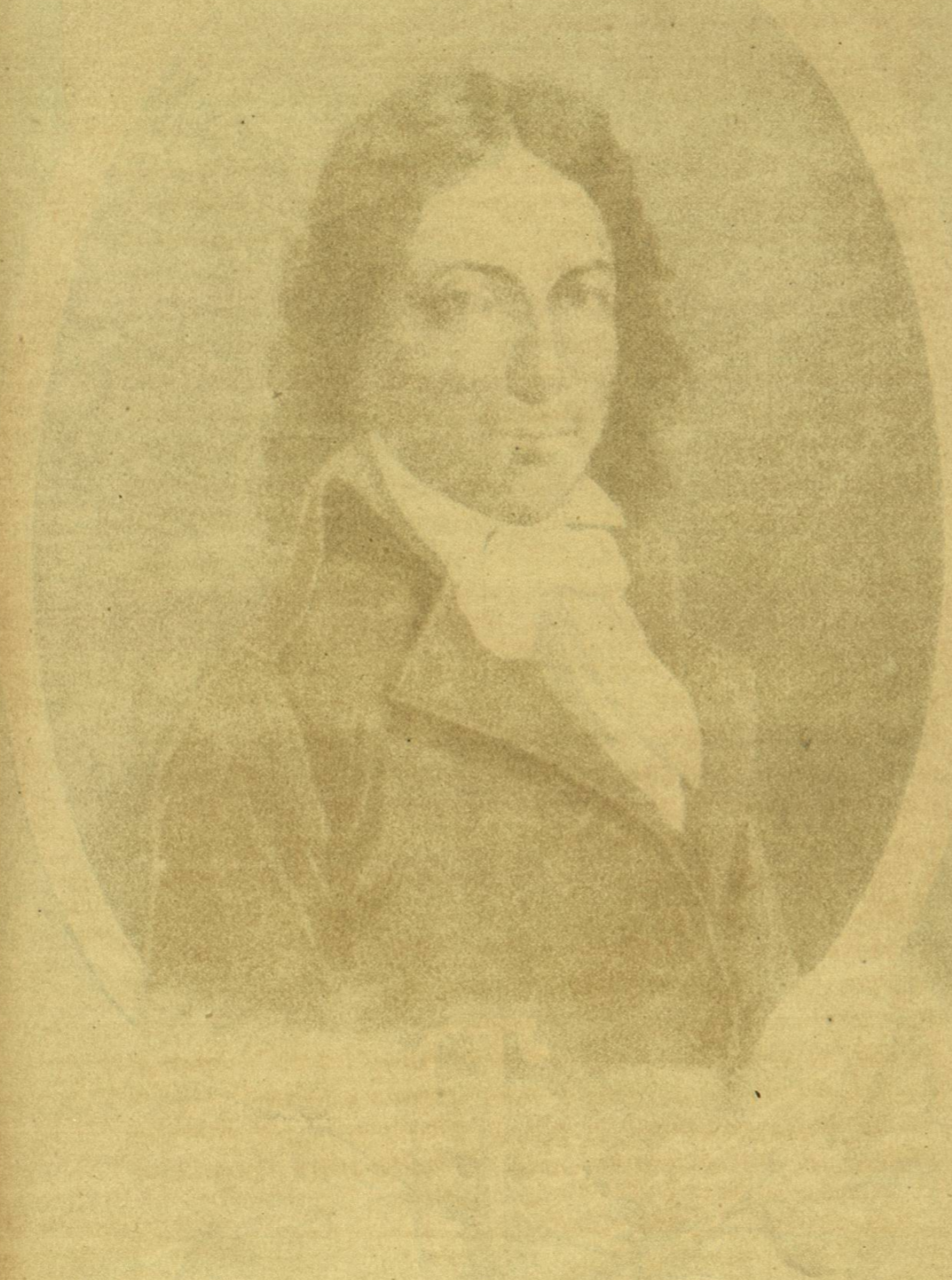


Art. Felipe G. Rojas. Reprod.

CAPITULO ALFONSO

BIBLIOTECA VINTAGE





tando perpetrar un golpe de Estado con los guardias franceses, habiales sondeado y se los encontraba metidos dentro de la revolución, y olvidados por el pensamiento revolucionario, disuelto en todas partes, como que penetraba, como un fluido misterioso, en las venas y en las fibras y en las carnes y en las entrañas del pueblo, de cuyo seno era imposible desasir al ejército, consustancial con el pueblo mismo. Las guardias francesas habían fundado entre sí una sociedad secreta, donde se juramentaban todos para obedecer tan sólo las órdenes del Congreso, que eran también los órdenes del pueblo. No le quedaba, en tal situación, al Monarca otro recurso que reunir un ejército extranjero. Y, creyendo á Necker enemigo de tal idea, lo despidió.

El día 12 de Julio por la tarde conóció París la desgracia de Necker, contada en el foro parisién de entonces, en el Palacio Real, hoy convertido en Bazar. Al primero que llevó la noticia hubo de costarle cara, pues, tomándole por alarmista las gentes, quisieron hecharlo al pilón de los surtidores, cuyos cristales se alzan en los centros del jardín. Pero, bien pronto la triste verdad se revela. Los venidos de Versalles la cuentan. El ministro patriota está fuera del poder y fuera de la patria. Un ministerio reaccionario se ha formado. Lo preside Breteuil, cortesano de los cortesanos, en cuyo pecho sólo cabe un culto: el culto á la autoridad absoluta del Rey. Tiene la cartera de Guerra Broglie, viejo mariscal, petrificado héroe de la guerra de los siete años, y que ha prometido en juramento degollar á los parisienses y quemar á París. Se halla entre los consejeros Foulon, aquel que dijo al oír el relato de las públicas miserias: «que coma heno el pueblo.» La Asamblea será disuelta y la capital entregada inmediatamente al saqueo y al degüello. Un escalofrío inmenso sobrecoge á la gran ciudad. A este escalofrío sigue un sacudimiento. Parece que las piedras brotan gentes, según vienen de todas partes al Palacio Real y de todas condiciones. Ancianos y niños, hombres y mujeres, publicistas y jornaleros, vagos de las afueras y aun aristócratas de antiguos blasones, los poetas y los banqueros, todos los extremos de la cadena social, todos los representantes de las opuestas clases, en suma en uno de esos sentimientos que se agrandan y se agigantan al calor del universal entusiasmo, y con el contagio que genera en los espíritus el contacto de las palabras en los aires. Entonces un joven escritor, que parecía descendido de bajo-relieve antiguo, si no por su figura por su palabra; mezcla sublime de Plutarco y de Aristófanes en la elevación de las ideas y en la vivacidad de la risa; destinado á unirse al hombre de mayor acción revolucionaria por ese instinto ciego con que la sensibilidad y la gracia buscan siempre á la energía y á la fuerza; dotado de pluma que mata, siquier sea como un puñal florentino, cincelado por hábil mano y cubierto de piedras preciosas; gran agitador que se entrega sin recelo al oleaje revolucionario y no presente ni prevé á dónde irá éste á llevarlo; Camilo Desmoulins, en dos palabras, sale del café llamado Foy, sube á una mesa en el jardín, tiende los brazos al pueblo, lanza palabras sublimes é incoherentes que excitan á la resistencia, jura morir por la libertad, y